

Don Evaristo

La alegría es un arma superior al odio; las sonrisas más útiles, más feroces que los gestos de rabia y desaliento.

Es ésa una lección que ha aprendido a lo largo de su vida. Una de las más importantes. Acaso la principal. Antes de aceptar que la vida se rige por fuerzas diametralmente opuestas a las de la justicia, pasó años gestando un odio acerbo contra aquellos que cada mes se llevaban más de lo que les correspondía de su producción. Cargaban los fardos en las carretas y volvían al camino dejando tras de sí una polvareda en el aire. Él se quedaba atrás, temblando de rabia y de impotencia, con la azada tiesa en las manos.

Ahora el viejo señor Sánchez sonrío, o “don Evaristo”, como lo llaman las solícitas cuidadoras que lo trajinan en su silla de ruedas, de aquí para allá, por los relucientes e impecables pasillos del geriátrico.

- ¡Pero qué guapo está hoy, don Evaristo! – le dicen, porque saben que eso le gusta.

Y él, mostrando una dentadura cascada, sonrío más, y al forzar los músculos ya de por sí deteriorados, se dibujan en su rostro unas arrugas profundas que son como roderas en una tierra árida o grietas de un cauce malogrado.

Nunca fue el suyo un terruño estéril. Al contrario, era el que más producía de toda la hacienda. Ni siquiera los terrenos del flaco Félix podían compararse con los suyos. Pero su percepción no fue compartida por todos. Un día cualquiera llegaron tres jinetes a caballo, sus sombras reverberantes bajo la solana: “Compadre, le acaban de embargar la tierra. No mate al mensajero, compadre, así manda el patrón...”.

De su difunto padre aprendió que ser niño es como estar parado en medio del llano: por mucho que uno quiera, todavía no se tiene ni la altura ni la perspectiva adecuada para ver

bien las cosas. El paisaje de alrededor se extiende hasta el infinito en una misma nivelación, monótono y desangelado.

Tal vez así siguen viendo la vida los quebrados ancianos que tiene ahora alrededor: una sucesión de días desérticos. Permanecen irremediablemente hundidos en los sillones en estados semiconscientes, sin poder espantar el tedio, o alzan los brazos harinosos en reclamo de algún consuelo invisible. Sin embargo, don Evaristo despierta cariño en todos porque no se queja y no causa molestias. Come bien y, aunque nunca habla, es cándido y risueño. Pocos son, no obstante, los que detrás de esos ojos achinados por la mueca amable se percatan de su mirada inteligente y viva.

Hubo de irse. Luego vinieron los tiempos difíciles, el hambre y la miseria. Los subcontratos como bracero con salarios denigrantes. El frío a la intemperie, la lluvia y el calor sofocante. Las noches en las portaladas. Volver los ojos hacia lo alto, movido por la exigencia interior del que se sabe víctima y espera satisfacción implacable a sus demandas.

Desde la atalaya que proporciona la edad ya es capaz de contemplar al detalle no solo la extensión del llano, sino también las montañas que se alzan más allá y que alcanzan los umbrales del mismo cielo, e incluso los farallones de la lejana costa donde rompen las olas. Finalmente comprendió que la única justicia que cabe esperar, al menos en este mundo, es la propia, y que ésta no se obtiene con pleitos y cobrando venganzas, sino resolviendo los asuntos en la cabaña cálida del corazón. Así lo demostró algún tiempo atrás cuando sus familiares lo trajeron al asilo, sujetándolo del brazo para sostenerlo en su paso renqueante, el mismo día en que su propio hijo lo ingresó con un nombre ajeno, facilitando datos falsos, para no hacerse cargo de los futuros gastos del entierro.

- ¡Pero qué guapo está hoy, don Evaristo! ¿Es que acaso marcha a algún desfile?

Y don Evaristo, para variar, sonríe. Con sinceridad, con ardor, lleno de convencimiento.

Cada tarde lo acuestan en un camastro con sábanas con olor a lavanda, y los dardos de luz que penetran entre las cortinas son quizás la representación física de su habitáculo interior. Rayos serenos empapando una estancia decadente.

Est  en paz, y eso es incluso más valioso que ser feliz.  Por qué guardar rencor, de qué y contra quién? Ni siquiera las calamidades que le sucedieron a Arsenio Sánchez a lo largo de toda su vida le pertenecen. Porque, al fin y al cabo, él es ya don Evaristo, un hombre nuevo que, pese a los muchos años, está tan limpio de desgracia como de ofensa e historia.